

## SANTA CATALINA TOMÁS (1531-1574)

*Ofrecemos un amplio extracto del artículo biográfico publicado en el DB, de la Real Academia de la Historia, firmado por Belén Yuste y Sonia L. Rivas-Caballero*

Era la sexta de los siete hijos de Jaime Tomás Creus y de Marquesina Gallard. Su familia era humilde, dedicada a la labranza en Valldemossa. Nació en una casa de la calle Rectoría, convertida desde octubre de 1793 en un oratorio dedicado a ella. Le fue impuesto el nombre de Catalina por su abuela materna y por la gran devoción familiar a santa Catalina de Alejandría. A los tres años murió su padre y entonces su madre, para hacer frente a la manutención de sus hijos, se vio obligada a repartirlos entre los familiares más próximos. Por ello Catalina creció al cuidado de sus abuelos paternos que vivían muy cerca de la Cartuja. Su infancia estuvo muy marcada por la religiosidad mariana que había arraigado fuertemente en la isla gracias a la predicación, hacía un siglo, de san Vicente Ferrer y que a ella le inculcó su abuela. Alrededor de los siete años murió su madre. A los diez años, con gran pena y a causa de la elevada edad de su abuela, fue acogida por unos tíos que eran dueños de la finca de Son Gallard y vivían con una holgada posición económica. Durante ocho años vivió en la finca, un bello paraje situado entre Valldemossa y Deiá, ayudando a los labriegos en las tareas del campo y atendiendo el rebaño.



Con el paso del tiempo cada vez sentía más clara su vocación religiosa, su deseo de retirarse a un convento y pasar su vida en continua alabanza al Señor. Pero las expectativas matrimoniales de su familia sobre su futuro chocaban con su ideal. Fue un período de grandes tribulaciones para Catalina, que en ese ambiente hostil veía inviable su vocación religiosa y sufría por ello. Era un tiempo marcado por grandes penurias y hambre en la isla, por lo que ella sabía que era muy difícil poder ingresar en un convento sin dote. Pero un día llamó a su puerta un ermitaño con fama de santo que fue el instrumento para la consecución de su sueño: fray Antonio Castañeda. Era un capitán del Ejército de Carlos V que formaba parte de la expedición que el Emperador lideraba contra la piratería turca que asediaba sus costas y que fue recogido en la isla tras un grave naufragio que casi acaba con su vida. En tal peligro prometió que si se salvaba trocaría su vida militar por la de penitente y cumplió su promesa ordenándose sacerdote y convirtiéndose en ermitaño. Tras escuchar los anhelos y angustias de la joven Catalina, le aseguró que su vocación era real y que le ayudaría a cumplirla. Convenció a su familia para que depusieran su humillante actitud y no interfiriesen en el camino que había elegido. La llevó a Palma de Mallorca, a casa de la familia Zaforteza Tagamanent, para que se ocupasen de ella mientras él buscaba algún benefactor que aportase la dote necesaria para que fuese admitida en un convento, ya que los tiempos eran difíciles y apenas tenían para sobrevivir las monjas. Uno tras otro los principales conventos de Palma le negaron la entrada y así se lo comunicó a la atribulada joven que esperaba la respuesta

sentada en una piedra de la plaza del Mercado. Pero mientras Catalina encajaba el duro golpe que cerraba la puerta a sus sueños y esperanzas, regresó el sacerdote para comunicarle que las tres comunidades de monjas consultadas, repentina y providencialmente, habían cambiado de parecer, y los tres conventos la admitían sin demora. Podía elegir el que quisiera. En atención al primero que se lo ofreció, decidió vivir su vocación en el Monasterio de Santa Magdalena como canonessa regular lateranense de San Agustín, donde ingresó el 13 de noviembre de 1552.

El 25 de enero de 1553 le impusieron el velo blanco de novicia y realizó funciones de tornera, cocinera y enfermera. El 24 de agosto de 1555, festividad de San Bartolomé, recibió el velo negro de monja profesa. Los hechos extraordinarios y las gracias sobrenaturales que jalonaron su infancia y juventud se multiplicaron al amparo de su vida de clausura, aunque ella intentó disimularlos. Pero a menudo tenía prolongados arrobamientos y éxtasis que no podían pasar desapercibidos y que, a pesar del temor imperante por la constante persecución de la Inquisición a alumbrados y visionarios, nunca preocuparon a las monjas ni a sus confesores, seguros de que eran fruto de su íntima conexión con Dios. A pesar de su vida de rigurosa clausura ejerció una

gran influencia en la vida social y eclesial de la isla, ya que era consejera tanto de importantes personajes como de las gentes más humildes que buscaban su aliento. Su fama de santidad, el eco de sus milagros y el poder de sus profecías pronto traspasaron los muros del Convento y toda Mallorca confiaba sus ruegos a la intercesión de sor Catalina.

Sor Catalina experimentó profundos éxtasis, sobre todo en las fechas cercanas a la fiesta de su tocaya, santa Catalina de Alejandría, de quien era especialmente devota. En la Semana Santa de 1571 experimentó el éxtasis de mayor duración documentado en la historia —veintiún días—, y al salir de él, cuentan las crónicas que dijo: “Tres años, Señor, aún tengo que vivir tres años”. Efectivamente murió tres años después de aquel extraño despertar. Sus cuarenta y tres años de vida y su fama de santidad en Mallorca fueron paralelos a la vida santa Teresa de Jesús y a la fama que ésta tuvo en Castilla.

El cardenal mallorquín Antonio Despuig fue el gran promotor del proceso de beatificación de Catalina Tomás. Fue beatificada el 12 de agosto de 1792 por el papa Pío VI, y proclamada santa el 22 de junio de 1930 por el papa Pío XI. El legado escrito de santa Catalina Tomás se reduce a dos cartas dirigidas al padre Vicente Mas que dejan traslucir su profunda espiritualidad. A la primera carta pertenece su famosa frase: “Quien desea servir a Dios es menester esté muy contento en todas las cosas”.

El Martirologio romano la recuerda el 5 de Abril. En Valldemosa se la festeja durante dos días, 27 y 28 de Julio.